

HISTORIAS CON VOCACION DE OFICIO

Recibí al fin, en una tarde otoñal, la llamada del Colegio: “vete a la Comisaría de Usera”, que estaba en la calle Gigantes y Cabezudos, y allí me atendieron de la guardia rápidamente: “nada pase, pase usted, nada de importancia, es un fulano que quería birlar el bolso a una viejecita mientras cruzaba”. Allí estaba el hombre en cuestión, joven y enjuto que deslizaba sus huesos en un chándal rojo que terminaba en unas blancas *nikes* desarmadas y sin cordones. Me escudriñó con sus ojos brillantes y sentenció: “no quiero declarar”. Yo antes había dejado mi chaqueta detrás de una silla desvencijada dónde me senté al lado del cliente también sentado en otra silla a mi lado incluso de peor estado, con recuerdos de orín.

El policía de frente, de rostro autómata, con ojos sólo para el monitor que instruía el atestado y sin mirarme me pidió el carnet profesional y los datos necesarios, martilleó el teclado, después desde la impresora sacó unos folios para firmar que suscribimos sin pegas el joven del chándal y yo. Todo había acabado sin problemas y terminaría rápido. En ese momento, el rostro del policía recobró vida y gritó al detenido: “¡mira, saca el móvil del bolsillo!” y entregó tras dudar un móvil muy parecido al mío. “Señor letrado le acaban de robar el móvil, aquí el amigo”. El hombre del chándal se defendió y dijo que el teléfono era suyo. Luego cambió su argumentario y dijo que era una liberalidad mía. El policía, ahora muy enérgico, vociferó que le había visto perfectamente como introducía limpiamente la mano en mi chaqueta y cogía el móvil y el instructor ya aún más colérico me regañó: “la próxima vez tenga más cuidado, señor letrado”, mientras devolvía con empujones al detenido al calabozo. Abandoné la comisaría, era ya de noche, estaba empezando a llover.